

Rabioso pregunté: ¿dónde
Mi servidumbre se encuentra?
Y el eco me dijo: *entra;*
Y entró en mi alma el pavor.
Con voz exclamé doliente:
¿Qué es de mi esposa querida?
Y el eco me dijo: *¡ida!*
Con acento de dolor.
Con voz iracunda dije:
¿No hay quien me dé una respuesta?
Y el eco me dijo: *esta.*
Y ahogándome de furor,
¿Quién, dije, en mi casa propia
Me mofa con arrogancia?
Y el eco retumbó: *¡Francia!*
Por el largo corredor.
Lancéme por él al punto,
Por un instinto guiado,
Crucé el corredor aislado
Y al oratorio llegué;
Abrí la puerta con ímpetu,
Y al tender dentro los ojos,
En torno al altar de hinojos
A mis gentes encontré.
¿Qué es esto? dije asombrado
De lo que en ello veía:
¿Pensábais, pues, que vendría
Mi alcázar propio á saltar?
¿Por qué os acojeis al templo?
¿Qué es esto, gente menguada?
Pero la turba callada
Ni aun la vista osaba alzar.
Hasta que entrándome airado
Por la mansion religiosa,
Y el semblante de mi esposa
No alcanzando ver allí,
Así con ira del cuello
Al que topé mas cercano,
Y con la daga en la mano,
Le dije iracundo así:
¿Adónde está la condesa?
Dí, ó mueres tras mi demanda;
Y el eco murmuró: *anda;*
Porque aquel hombre calló.
Hablad, por Dios, dije atónito;
¿Vuestro dolor qué me arguye?
¿Do está mi Argentina? *¡Huye!*
El eco sordo gimio.

Lot. Déjame, historia tremenda;
Tu recuerdo me estremece:
Hasta en sueños me parece
Que te escucho por do quier.
(*Vuelve á reclinarse.*)

Conde. ¿Y huía en verdad de Burgos:
Huía de mí, Zelina!
(*Desde aquí debe verse en esta escena escesivamente
marcado el secreto amor del conde y la incerti-
dumbre de la mora.*)

Zel. (Siempre la misma Argentina,
Siempre esa fatal mujer!)
Conde. (Siempre ese triste recuerdo
La da á la infeliz enojos,
Y se agolpan á sus ojos

Las lágrimas sin querer.)
¿Tú lloras, mora!
(*Vuélvese de repente.*)

Zel. Señor . . .

Conde. Zelina, á través del velo
Te ví llorar ¡vive el cielo!
Al dar vista á Roquefort.
Seis meses ha, tu tristeza
Te está el corazon royendo,
Y por tu llanto comprendo
Que se mengua su entereza.
Seis meses ha, y no me has dicho
La razon de tu pesar . . .
Si yo la he de averiguar,
Nada debo á tu capricho.

Zel. Seis meses ha que yo sola
Mi tristeza estoy sabiendo,
Pero mi llanto comprendo
Que mi firmeza acrisola.
Y si en seis, de mi tristeza
No habeis dado en la razon,
No tiene mi corazon
Culpa de vuestra torpeza.

Conde. Si un corazon africano
Puede al par con dos pasiones,
Para dos, dos corazones
Necesita un castellano.
Porque él se entrega á una sola
Todo entero, y mas no avanza
Hasta que entera la alcanza
Con entereza española.
Conque ese llanto deten,
Que si á la venganza vas,
Mientras vengada no estás
Llorar tu amor no está bien.
¿Has entendido?

Zel. ¿Quizá!

Conde. Pues echa á un lado tu amor
Y vamos á Roquefort,
Que allí la venganza está.
Y pues la noche se anda
A largo paso, al rastrillo
Llega, Hassan, de ese castillo,
Y al castellano demanda
Para esta noche hospedaje,
Que fuera muy triste paso
Hacernos dormir al raso
Despues de tan largo viaje.

Hass. Harélo así.
(*Hassan va á subir y se detiene al oír á la mora
que la dice.*)

Zel. Hassan, detente,
Que siento el puente crugir,
Y va tal vez á salir
Sin aperebirnos gente.

ESCENA IX.

LOTARIO, EN LA TORRE. EL CONDE, ZELINA Y HASSAN,
OCULTOS.

(*Bájase el puente y salen por él Genaro y Gines.*)
Gin. ¿Conque me echa del castillo,
De la noche á la mitad?

Gen. Por ese sendero echad,
Y hallareis un bosquecillo
Donde podeis recjeros.

Gin. A fé que esta fortaleza,
Mas que casa de nobleza
Es mansion de bandoleros.
Pero no tardará mucho
Ese torrente en seguir,
Que el plazo se va á cumplir.
Lot. ¿Santos del cielo, qué escucho!

Gin. Y dígame á su señor
Que rayan dias mejores,
Y traerán nuevos señores
Al solar de Roquefort.

Gen. ¿Bueno!

Lot. ¿Otros dueños aquí!
¿Quién dice tal impostura?
(*Va á acercarse á la ventana para mirar, y retro-
cede con temor.*)

No, no; que me da pavura
Esa ventana ¡ay de mí!
No, como siempre mi huella
Saldrá ese espectro á tener . . .
Mis ojos no pueden ver
Mas que su sombra tras ella.

(*Durante estos versos Gines desaparece. Genaro se
adelanta hasta la peña en que se apoya el puen-
te. Hassan trepa por ella hasta colocarse entre
Genaro y el puente. El conde y Zelina aparecen
un momento despues, y al huir de ellos Genaro,
da con Hassan, le sorprenden, y mientras le atan,
&c., &c.—Dice arriba Lotario.*)

Gen. ¡Ay!

Lot. ¿Qué lamento! ¡Ahí está!

Bien decia yo; ¡ella es!
Esa cabeza . . . ven, pues,
Espectro, á mis manos ya.
Ven, aparicion liviana,
De quien siempre me dividen
Y á quien destozar me impiden
Los hierros de esa ventana.
Ven, trae un cuerpo real,
Cruza ese oscuro dintel,
Y ven á lidiar con él
Cuerpo á cuerpo y por igual.
Ven, no te temo así, no:
Y en lucha desesperada,
Con tu postrer carcajada
Cantaré mi triunfo yo.

Zel. (*abajo.*) Ahora por ese postigo
Meted, conde, vuestra gente.

ESCENA X.

LOTARIO, ZELINA.

(*El conde queda guardando á Genaro: Hassan
parte hácia el bosque: Zelina pasa el puente y
entra en el castillo.*)
Lot. (*arriba.*) ¡Oh, callas traidoramente!
No, no te atreves conmigo.
¿Cobarde! yo te provoco
Y tú con pavor te escondes!

¿Te llamo y no me respondes!
¿Por Dios que vales bien poco!
¿Me temes, espectro, sí,
Ahora que me ves con brío!
Pues bien, yo te desafío.
Zel. (*entrando en la torre por la puerta del fondo.*)
Pues bien, Lotario, héme aquí.

ESCENA XI.

LOTARIO Y ZELINA, EN LA TORRE. EL CONDE,
EN EL PUENTE.

Lot. Tú, tú, ¿quién eres tú?
Zel. ¿No me conoces?
¿Yo su espíritu soy, yo soy su hija!
(*Aparta el velo.*)

Lot. ¿Mi esclava!
(*En esta escena muestra Lotario la vaguedad de la
demencia.*)

Zel. Y héme aquí pronta á tus voces.

Lot. ¿Luego bajo tu forma se cobija
Su ser, y en su lugar te me apareces!
Pronta á mi voz . . .

Zel. Sí, sí; ya espiró el plazo,
Y en vano de tus torres te guareces;
Polvo las torna mi potente brazo.
¿Qué has hecho de mi padre?

Lot. (*con pavor.*) ¡Esclava, calla!
Duerme allí su cabeza, en el torrente,
Y esa reja no mas sirve de valla
Entre el espectro y yo.
(*Zelina va á asomarse, y Lotario la detiene.*)
¿Necia, detente!

Detente, sí; ¡no ves que al asomarte
La vas á despertar, y ella irritada,
Se asomará tambien de la otra parte
Lanzándote á la faz su carcajada?

Zel. ¿Miserable de tí! ya te comprendo:
Tu conciencia me venga de tí mismo.

Lot. ¿Me comprendes? Pues bien, lo estás oyendo:
No te asomes jamas, hay un abismo.

ESCENA XII.

DICHOS. ARGENTINA, CON VELO, QUE AL SALIR POR LA IZQUIER-
DA DA UN GRITO.

Arg. ¡Cielos, aquí la esclava!
Zel. Aquí, señora:
Del plazo que otorgué pasó la hora,
Y héme aquí ya.

Arg. ¿Y qué quieres, desdichada?
(*Señalando á Lotario.*)
La mano del Señor hirió su mente,
Y estás del cielo por demas vengada.

Zel. Condesa, ya lo sé; no quiero nada
De ese hombre, le perdono.

Lot. ¿Dios elemento!
Tú puedes perdonarme! ¡Oh! ¿me perdonas?
Sí, viven en tu ser ambas personas:
Tú acudiste á mi voz, y eres, lo has dicho,
El espíritu que habla en el torrente;

Tú eres el ser de esa vision odiosa
Que detras de tu forma se cobija.
Tú estás en su lugar, y generosa
Tú puedes perdonarme, eres su hija.
¡Ay! dime por piedad que desde ahora
No tornarás á ser sombra tirana,
Ni guardarás su forma aterradora,
Ni vivirás al pié de esa ventana.
¡Dímelo por piedad! ¡podré asomarme
A contemplar en paz esa cascada,
Sin que salga tu espíritu á asombrarme,
Sin que vuelva á escuchar tu carcajada?

(*Hassan, seguido de muchos soldados de Castilla
disfrazados de peregrinos, entran tras el conde
en el castillo durante esta escena.*)

Arg. ¡Lo ves? no le atormentes, vete, mora.
(*Zelina se cruza de brazos con dignidad.*)

Zel. Espero.

Arg. ¿A quién?

Zel. A un hombre.

Arg. ¿Al conde?

Zel. Al conde.

Arg. ¡Te sigue! ¡oh! siempre sospeché traidora
La pasion infernal que tu alma esconde.
Le amabas, y tal vez correspondia
Tu amor.

Zel. ¡Silencio!

Arg. Y la razon es esa
Que á Roquefort te trae... me lo temia;
Eso es, mora, tu plazo y tu promesa.

(*Asoma el conde, y se detiene á escuchar al dintel de
la puerta.*)

Zel. Pues bien, yo le amo: mas grandeza aprende
De un corazon de esclava. Si él ahora
Vuelve hácia tí sus ojos, y te tiende
Satisfecho su mano protectora,
A mi razon mi corazon se humilla.
Sí, ahogaré mi pasion dentro del pecho,
Y á ser tu esclava volveré en Castilla.
Mas siempre, siempre atada á vuestro lecho,
Y tendida á los piés de vuestra silla,
Noches y dias viviré en acecho;
Y humilde, sí, mas suspicaz leona,
Yo guardaré su honor y su corona.
No lo olvideis, condesa; si imprudente
Cedeis á otra pasion, si otra os aqueja,
Vos el ángel sereis que su alma tienta,
Yo el ángel tutelar que le proteja.

ESCENA XIII.

DICHOS, EL CONDE.

Conde (*saliendo.*) ¡Gracias!

Zel. y Arg. ¡Cielos! (*De rodillas.*)

Conde. Hassan, cumple tu oficio.

Arg. ¡Perdon!

Conde. No.

(*Hassan la lleva por la puerta de la izquierda.*)

Lot. ¡Vive Dios! ¡qué maleficio

Contigo va? ¡Quién eres, extranjero,

Ante quien todo con pavor se humilla?

Conde. ¿Quién ha de ser? el conde de Castilla.

Lot. ¡El conde! Tú y en Roquefort, ¿qué quieres?
¿Qué buscas, ¡vive Dios! conde altanero?

Si á apartarla de mí tu saña viene,
El corazon me arrancarás primero.

Conde. No ayuda Dios á quien razon no tiene.
Hassan, ¿cumplistes? (*Sale Hassan.*)

Has. Sí.

Conde. Pues desde ahora

Guarda tú á Roquefort: hasta que muera,
Que yazca en esta torre, y vencedora
Que tremole sobre ella mi bandera.

Lot. No mientras viva yo, no; será á precio
De mi sangre.

(*Va á salir tras del conde y este le aparta.*)

Conde. No llega á tí mi encono;

Apártate, frances, yo te desprecio.

(*Aun insta por salir, y Zelina le aparta tambien.*)

Zel. Aparta, Roquefort, yo te perdono.

(*Cierran y vánse.*)

ESCENA XIV.

LOTARIO.

¿Qué es esto? ¡Me desprecia... me perdona!

¡Perdon, desprecio! ¿á mí? ¡por vida mia!

Mas él en Roquefort, ¿qué pretendia?

¡Vengarse?... ¡y sin venganza le abandona!

Y esa esclava, ¿á qué vino si me abona?

Sueños son de mi loca fantasia.

¡Triste, triste de mí! sueño, deliro...

Es ilusion cuanto oigo y cuanto miro.

ESCENA XV.

SALEN POR EL PUENTE ALGUNOS SOLDADOS DEL CONDE Y PARTEN POR
EL BOSQUE. DESPUES ESTE, Y DETRAS ZELINA. HASSAN SE
ASOMA A LA MURALLA. EL CONDE, AL SALIR SE VUELVE, Y PER-
MANECIENDO EN EL PUENTE CON ZELINA, LE DICE A HASSAN.

Conde. Con ese tercio en Burgos escogido
Guarda el castillo, y que la Francia entera
Vea sobre sus torres mi bandera.

Has. Idos, conde y señor, con confianza.

(*Váse Hassan. Zelina y el conde permanecen sobre
el puente contemplándose un momento, despues
del cual el conde la dice con voz solemne.*)

Oye, mora; mis ojos han dormido,

Mas no mi corazon: de su venganza

La pasion justiciera se ha cumplido;

Ya cabe en él de amor una esperanza.

Zel. (*humilde.*) ¡Señor!

Conde (*con solemnidad y señalando al cielo.*) No
hay mas que un Dios omnipotente.

Zel. (*resuelta.*) Al que vos adoreis mi fé se hu-
milla.

Conde. Y ese turbante...

(*Zelina se descine el turbante y le tira al agua.*)

Zel. Tráguete el torrente.

Conde. Corona en su lugar pondrá Castilla.

Vamos.

(*La toma de la mano y la mora besa la suya.*)

ESCENA ULTIMA.

LOTARIO.

Oigo crugir... alzarse el puente...

(*Se alza el puente.*)

Se van. ¡Oh! era su voz, estoy seguro...

La percibí entre el ruido del torrente,

Hasta aquí resbalar lamiendo el muro:

¡Miserable de mí! si á esa ventana

Me atreviera á llegar... mas ¿qué vacilo?

¡No era su propio ser esa africana?

¡Sí, pobre corazon; late tranquilo:

Ella es su ser, su espíritu evocado

Al brio de mi voz... ¿qué hay que me aflija?

¿Qué tengo que temer del padre airado,

Si en su nombre el perdon me da la hija?

Nada. Voy á asomarme con fiereza.

(*Se asoma.*)

Y á ahuyentar la vision ensangrentada.

(*Con alegría pueril.*)

¡Oh! ¡no asoma, no asoma esa cabeza;

No suena, no, su horrible carcajada!

Cede mi estrella al fin; gozo... respiro...

Veo el monte y el parque... y no aparece,

Y alejarse de mí por él los miro

Al resplandor del alba que amanece.



FIN.

¡Son ellos! esa mora... ese hombre... ¡necio!
Idos, idos en paz, gente menguada;
Idos, y de mi orgullo y mi desprecio,
Lleve el aire hasta vos mi carcajada.
(*Suelta la carcajada, el eco se la devuelve. Hassan
clava en la muralla la bandera de Castilla. Lo-
tario retrocede espantado.*)

¡Todavía está ahí! ¡voz del infierno!

¡Todavía me escuchas! ¡todavía

Me devuelves con eco sempiterno

Esta angustiosa carcajada mia!

¿Conque vives conmigo eternamente?

¿Conque no tiene fin este suplicio,

Ni tiene mas destino ese torrente

Que el de abrirme en su fondo un precipicio?

No, no: huyamos de aquí... pronto, Argentina,

Genaro, ¡pronto á mí!...

[*Va á salir por la izquierda y retrocede.*]

¡Cielos! ¿qué es esto?

Sangre... Argentina... ¡vil, él te asesina!

¡Ya entiendo ahora su perdon funesto!

Lo comprendo. ¡Ay de mí! no se me esconde

El porvenir horrible que me espera:

Esa voz, esa sangre me responde...

[*A la ventana.*]

¡Ay! vuelve, vuelve, detestable conde;

Mátame, sí, mas no de esta manera.

[*Cae sin sentido y concluye el drama.*]